

yectaba aquel resplandor siniestro, para que ella pudiese huir de aquel peligro, de aquel odioso amor!

—No es nada—dijo el marqués.

—El pueblo está ardiendo.

—Habrán incendiado unas cuantas chozas. Ya las volverán á levantar. Sed buena conmigo, Solange, y sereis todo lo generosa que os plazca con los demás. Todo os estará permitido, todo, si me amais como yo os amo.

—No abandonemos ahora esta ventana—dijo ella.—Os lo ruego.

El espectáculo era terrible y grandioso.

Era, en efecto, todo Chevagnes, que ardía.

Von Gœben se proporcionaba su hoguera de alegría con petróleo.

Los techos de las casas se hundían.

El Priorato ardía también.

Sólo la iglesia había sido respetada.

Las llamas de los edificios contiguos iluminaban su fachada, y el campanario parecía rojo como una barra de hierro en el yunque...

Solange, muy impresionada, contemplaba aquella destrucción.

El marqués murmuraba á su oído su incesante ruego:

—¡Ven!

Ella se agarraba á la falleba de la ventana, repitiendo:

—¡No!... ¡Aquí, en este aposento, en esta terrible noche, no puede ser!

Al fin, á pesar de su resistencia, él la tomó

en sus brazos, la arrancó de la ventana y la echó en un divan, abatida, sin fuerza, más muerta que viva.

Entonces Oliverio corrió hacia la puerta del salón para cerrarla herméticamente.

En el momento mismo en que ponía la mano en el pestillo, se abrió la puerta.

XXVI

El señor de Tainay retrocedió unos pasos é intentó defenderse.

Pero antes de que tuviera tiempo de hacer un movimiento, dos manos que parecían de hierro, le sujetaron por los puños y le empujaron hácia adentro.

El marqués no trató de resistir.

Con la sangre fría del hombre de mundo, calculó las probabilidades del combate. No tenía ninguna á su favor.

Juan y Román Tremor le apretaban los brazos.

Detrás de ellos se adelantaron dos hombres dispuestos á ayudarlos en caso necesario.

Ya se comprenderá de quiénes se trataba.

Los otros dos se llamaban Hugo y Roberto de Souvray.

Por la abertura de la puerta, el marqués tuvo tiempo de ver un quinto personaje, colocado allí de centinela.

Era La Briseur, el ojeador.

¿A qué, pues, luchar?

Además, lo odioso de un pugilato, de una

batalla innoble, repugnaba al señor de Tournay, y lo consideraba una degradación.

Con la espada en la mano se hubiera defendido como Bussy d'Amboise, el hermoso pendenciero de la *Dama de Monsereau*, acribillado de heridas; y no hubiese cometido una bajeza para detener el combate y evitar la muerte.

Con la pistola en la mano hubiese intentado abrirse paso, ó hacerse matar devolviendo golpe por golpe.

Era valiente, no hay que negarlo.

Capaz de todo con tal de dominar la situación ó satisfacer sus pasiones, no parecía un ser vulgar, ni un malvado.

Poseía en sumo grado el sentimiento del decoro exterior que salva las apariencias y deja al mayor criminal el simulacro del honor mundano.

En una palabra, que el marqués sabía guardar las apariencias.

—¿Qué quereis?—preguntó.

Los Souvray cerraron la puerta tras ellos é hicieron lo que el marqués no tuvo tiempo de hacer:

Echar el pestillo.

Solange apenas se había dado cuenta de lo que sucedía: tan rápida había sido su sorpresa.

Hugo, muy tranquilo, sacó el revólver del bolsillo y dijo á su primo:

—Si gritais, si decís una palabra, os mato. Van á ataros los brazos para que nos escuchéis con calma. En esta madriguera de ene-

migos, nuestra vida peligra y la defendemos.

Roberto colocó sobre la chimenea, ante la cual estaba de pie cerca del diván de Solange, un cuchillo de monte, el que le dió la polaca Mittenberg.

—Es un regalo de la princesa Wanda—dijo.

Un estremecimiento agitó los labios del marqués al oír este nombre que le recordaba la lúgubre fiesta del palacio Cavalli; pero se calló.

Los Tremor le ataron los brazos sin que él hiciera un solo movimiento para oponerse.

Dirigió á sus agresores una mirada limpia y desdeñosa.

—En esta alevosía—dijo—sois los más fuertes. Haced lo que gustéis. Ya veremos luego.

Solange, sobrecogida, se levantó á medias. Con mirada severa se fijaba en aquellos hombres cuyos semblantes revelaban implacable resolución.

El conde comprendió su ansiedad.

—Esperad—le dijo—y lo sabreis todo.

Juan y Román Tremor obligaron al marqués á sentarse en un sillón, y se colocaron de pie á su lado, como dos guardianes.

—¿Cuándo quereis explicarme lo que os trae aquí?—preguntó Oliverio sin perder su sangre fría.

—Paciencia, primo—dijo el menor de los Souvray.

—Solange—preguntó el conde,—¿os acor-

dais de la noche en que fui á vuestra casa para rogaros que me confiáseis, sólo por una hora, las cartas del señor de Taunay?

—Sí.

—Aquellas cartas, en las cuales os hablaba de su amor, de sus proyectos, de vuestro hijo, me hacian falta, no por curiosidad, sino para llevar á cabo un acto de justicia. Una criatura angelical acababa de ser asesinada cobardemente, y sin vos hubiera sido imposible arrancar á los culpables la confesión del crimen. Aquellas cartas, cuya existencia supuse, tenía que conseguirlas á toda costa. Vos me las entregásteis por amistad, pidiéndome, á cambio de este servicio, que protegiera á vuestro hijo. Me comprometí á ello. Hoy habeis obtenido del señor de Taunay la justa reparación á que teniais derecho; ya nada puede detenerme. He cumplido mi promesa. Vuestro hijo es el legitimo heredero del nombre y de la fortuna de su padre. No nos queda más que castigar al asesino.

Solange se puso más blanca que un sudario.

—¡Asesino!—exclamó.

—¡Mentís!—dijo Oliverio.

Roberto de Souvray se encogió de hombros, y replicó:

—Ya sabeis que no. El ángel que matásteis os salvó de los tribunales de justicia. Pero nosotros no podemos absolveros: no esperéis, misericordia, ¡vos, que no tuvisteis piedad!

Una sonrisa altanera se dibujó en los labios del marqués.

—Este hombre—continuó el conde—sintió por vos, Solange, una de esas pasiones que no retroceden ante ningún obstáculo. Para satisfacer esa pasión, cometió un primer crimen: el de abusar de vuestra debilidad y separaros, á la fuerza, por medio de un acto indigno de todo hombre de corazón, del novio á quien estábais ligada, no sólo por la unión en que vivían ambas familias, que ya habían concertado la boda, sino por el cariño que desde la infancia os profesábais ámbos.

Indignada ante esa infamia, sepultada por culpa suya en un abismo de vergüenza y de amarguras, os defendisteis de sus persecuciones; y, cuando al fin, no pensando mas que en el interés de vuestro hijo, dijisteis al padre que sería suya el día en que el sacramento del matrimonio diera á ese niño el lugar de un hijo legitimo, desde aquel momento él no pensó más que en acelerar ese día por todos los medios, aunque fuera abreviando la vida de la que ocupaba el puesto que él quería daros.

Roberto se detuvo. Al levantar la vista acababa de encontrar los azules ojos de Elena, que parecian aconsejarle que fuera elemento.

El pintor había copiado fielmente la resignada dulzura, la tierna bondad de aquella alma tan pura y virtuosa.

—Esta inmaculada criatura—repuso—ha sido la victima de esa feroz pasión. En verdad que sois un hombre infame, señor de Taunay. No os bastó, como á tantos otros, casaros sin

un átomo de afecto, y solo por la riqueza, con aquella desgraciada que se entregó á vos por obediencia, y que, con un poco de consideración siquiera, se hubiese conformado. Pero desde los primeros días de matrimonio la humillásteis públicamente, comenzando por obligarla á pisar los salones de vuestra querida...; más tarde la dejásteis abandonada, como á una criminal en su celda.... Enferma, triste por esa existencia de reclusa, hubiera vivido poco: no habeis tenido ni aun la generosidad de esperar su fin; y, por una odiosa maquinación, habeis cortado esa existencia que os parecía demasiado larga.

Yo presentía tan horrible crimen, y desde que se cometió adiviné la causa.

Entonces me dije que no os libraríais del castigo. ¿Confesais?

—Desprecio vuestras calumnias y nada tengo que contestaros. No sois mi juez.

—Y, sin embargo, os he condenado; pero mi conciencia exigía que ántes de culpar, me asegurase. Adivinaba la tenebrosa intriga que habeis urdido. La princesa Cavalli preparó el veneno. Me acordé de la muerte del príncipe, ocurrida por causa vuestra, en las mismas circunstancias, rodeada de los mismos síntomas. Esa mujer os amaba apasionadamente. Yo lo sabía. Por ella, excitando sus celos, probándole vuestra falsía, esperé conocer la verdad. Hé ahí por qué pedí vuestras cartas á Solange.

Oliverio se mordió los labios.

Todo lo comprendía. La fuga de la prin-

cesa y su silencio tenían clara explicación.

—¡Ah!— ¡siguió diciendo Roberto.— ¡Lástima que no hubierais estado presente cuando las leyó esa noche funesta, en aquellos salones llenos todavía de las luces y vibraciones de tan odiosa fiesta. Os hubiera horrorizado su rabiosa irritación, su indignación, su furor. Hubierais visto la sublevación del orgullo de aquella mujer, que se creía segura de ser vuestra esposa; la explosión de su cólera salvaje, y hubierais comprendido que no es prudente provocar semejantes ódios.

La calmé, comprometiéndome á castigaros yo mismo. Y con esta condición renunció á vengarse por sí misma. Pero no os olvida. Prisioneros en Baviera, ella nos libertó para que pudiéramos llegar á tiempo. Espera noticias con impaciencia.

Dentro de algunos días las recibirá y le escribiré lacónicamente: está hecho.

—¿Pensais asesinarme?— preguntó el marqués.

—A los asesinos se les ejecuta. Y en cuanto á la princesa, Dios, probablemente, se encargará de su castigo.

—Acabemos— repuso Oliverio con altivez— esta comedia ha durado demasiado. ¿A dónde vais á parar?

—Vais á saberlo. Ante todo, tengo empeño en mostraros la prueba de lo que he dicho, no solamente por vos, sino por quienes me escuchan, y por esta pobre muchacha á quien acabais de hacer vuestra esposa y que no puede ser la mujer de un asesino.

El conde sacó del bolsillo un targetero, y de éste un papel, que desdobló á los ojos del marqués.

—Conoceis la letra—le dijo.—Leed.

El señor de Taunay clavó en su primo una mirada llena de indecible ódio.

—Nos veremos, señor de Souvray,—contestó.

Roberto respondió.

—No lo espero.

Y leyó la carta en alta voz:

Era la confesión de Wanda dictada por el conde.

«Declaro, para rendir tributo á la verdad, que á instigación del marqués Oliverio de Taunay, ha sido envenenada, en el hotel Cavalli, su mujer Elena de Rochevieuille, en la noche del 13 de marzo de 1870.»

Solange se tapó la cara con las manos.

Esta revelación la horrorizaba.

¡Se había casado con un asesino! El padre de su hijo era un envenenador. ¡Qué nuevas vergüenzas la esperaban, más terribles que ningunas!

¡Y era ella quien, sin saberlo, había sido causa del trágico fin de aquella angelical mujer!

Y seguía paso á paso el encadenamiento de los sucesos.

El amor tan feroz que había inspirado á aquel hombre, á quien estaba ligada su suerte, fué lo que produjo tantos males.

Y, no obstante, ¡misterios insondables del corazón femenino! ¡estaba inclinada á sentir

compasión por aquel hombre tan odiosamente culpable!... ¡Tantas mujeres han excusado los crímenes cometidos por causa de ellas!

—Dicen—repuso el conde de Souvray dirigiéndose á su primo—que el mundo está lleno de crímenes desconocidos. Dudo que los haya más espantosos que este. Provisto de esta prueba, yo hubiera podido entregaros á la justicia de los hombres.

—Hacedlo,—interrumpió el marqués—y el edificio de vuestras calumnias se desplomará por su propio peso.

—Pero esa justicia es dudosa. Puede uno escapar de sus rigores. No se atreve á castigar á los criminales de vuestra alcurnia. Y tengo para callar otra razón que adivináis y que sostiene vuestra audacia. No podemos, no queremos manchar un nombre que fué glorioso, y forma parte de nuestro patrimonio. Un Taunay-Coulanges, compareciendo ante los tribunales por delito de asesinato, fuera un oprobio para nosotros, nuestros parientes. Este parentesco nos impone un deber: evitar el escándalo. Por esto he reunido tres hombres justos y los tres os hemos juzgado. La prueba de vuestro delito era flagrante, y quedó pronunciada la sentencia.

—¿Se puede saber cuál es?—preguntó el marqués con insolente ironía.

El conde sacó el reloj.

—Dentro de treinta minutos habréis dejado de existir.

—¿Y de qué manera, si os place?

—Os dejo la sorpresa. Si Dios quiere

hacer un milagro y salvaros, que lo haga.

—¡Treinta minutos!—dijo Oliverio sin moverse.

—Exactamente.

—¿Y os negáis á decirme á qué pena me habéis condenado?

—Necesitábamos un suplicio desconocido, oscuro, misterioso, á cubierto de las pesquisas de la justicia humana, y lo hemos encontrado.

—¿Y se llama?

—Lo sabrás demasiado pronto—dijo Hugo con dureza, irritado de los sarcasmos y altiveces del marqués.—Será muy cruel, podrá ser; pero es el único medio de acabar con tus infamias y salvar el honor de la casa. Cuando uno se llama Taunay-Coulanges y se ha deshonrado, se hace saltar la tapa de los sesos. ¿Quieres?

El marqués no contestó.

Hugo se volvió haciendo un desdeñoso gesto, é hizo una seña á los Tremor.

Juan, con rápido movimiento, puso sobre la boca del marqués un pedazo de espesa tela, lo enrolló alrededor de la cabeza, y lo anudó fuertemente por detrás.

Luego los dos hermanos, para que no hubiera medio de que llamase ni se defendiera, lo llevaron á la alcoba y lo ataron al montante de una puerta.

—¡Ah! es horrible—exclamó Solange cayendo de rodillas ante el conde.

—¿Quereis vivir unida á ese miserable?

—No, pero...

—Por desgracia vuestra, no hay otro remedio.

—¡Gracia!

—Para que con su fortuna cause otras víctimas!

—¡Piedad!...

—¿La tuvo de ella?...

—Mi hijo...

—¡Haremos de él un hombre!

—¡Os lo suplico!

Roberto le puso la mano en la boca.

—Calláos—dijo—¿no comprendéis que me está faltando el valor?

Un sudor frio caía á gotas, de su frente.

Los Tremor acabaron su tarea.

Román, acercándose al oído del marqués le dijo:

—Vais á morir. Os odio. Adiós.

—Vámonos—ordenó Roberto.

—¡Señores, gracia, piedad—exclamó Solange.

—¿Lo amas?—preguntó Román.

—¡No, no! ¡Le desprecio y le odio!

—Entonces, ven; ó muere con él.

Y como ella se agarrara á los muebles, él, haciendo un violento esfuerzo, la arrancó de allí y se la llevó en los brazos.

—Si dices una palabra, nos pierdes. Entre él y nosotros, escoje.

El marqués, oyéndolo, palideció de rabia y de celos.

Pudo recoger su última mirada: la compasiva mirada de la mujer al hombre que se ha perdido por ella, de la hermana de la caridad

al ser que sufre, del sacerdote al condenado á muerte.

La puerta se cerró.

Oliverio oyó vagamente el ruido de la llave dando vuelta en la cerradura y el de los pasos que se alejaban.

Luego nada. Un silencio sombrío se hizo á su alrededor.

Al fin estaba solo, libre de la presencia de sus acusadores, que eran sus jueces y sus verdugos.

¡Pero vivía!

Una sarcástica sonrisa iluminó su semblante.

¡El no hubiera dejado á la casualidad el cuidado de abandonar su obra! Si hubiese tenido un enemigo mortal—¿y que podían ser en lo sucesivo unos y otros?—no lo hubiese abandonado, como no fuera clavado en la pared con un cuchillo en el pecho, y no atado con cuerdas que el primero en llegar desataría.

Los Souvray le habían amenazado de muerte.

¿Qué muerte?

¡Amenaza vana en la cual no podía creer!

¿El incendio del castillo sin duda? Ese debía ser el plan, bien difícil de llevar á cabo por cierto.

Sería preciso burlar la vigilancia de esos extranjeros que ocupaban el edificio como dueños.

Von Gøben resultaba su aliado y su defensor.

¿Pero cómo advertirle?

Trató de gritar. Ningún acento salió de su boca.

Quiso romper las ligaduras, ó hizo para conseguirlo esfuerzos sobrehumanos; pero las cuerdas lastimaban sus carnes y no cedían.

Conmovió el tabique, pero ¡nada!

Nada se movía á su alrededor.

En las habitaciones contiguas no se oía el menor ruido, mientras que en los salones del piso bajo resonaban algunas carcajadas, cuyos ecos llegaban hasta él.

Pero la algazara de la orgía iba debilitándose.

Se puso á pensar.

Roberto le había anunciando una muerte misteriosa, un asesinato que escaparía á la justicia de los hombres.

Por más que cavilaba, no podía adivinar nada.

La princesa Cavalli era del complot. Pero sus venenos mataban enseguida. Los conocía.

¡Le habían dado treinta minutos de plazo! Estas pasaban con rapidez.

Es preciso decir que semejante misterio no le asustaba.

En medio de la confusión de sus ideas, en las cuales el miedo tenía escaso lugar, fiaba en su buena estrella que le había sacado de tantos malos pasos, seguro de que esta vez también le salvaría. La imagen de Solange acudía á su imaginación y dominaba todas las demás impresiones. Sus postreras palabras:

¡Le odio! bullían en su cabeza y le exasperaban. Quería vivir para castigarla. Su última mirada le quemaba el corazón. Quería vivir para poseerla y dominarla. Sus destinos estaban encadenados. La muerte solo podría desunirlos.

Y él no creía en la muerte.

Lleno de vida y de fuerza, estaba seguro de que no se atrevería con él.

El fuego del hogar se había apagado completamente.

Solo unos cuantos carbones daban cierta claridad rojiza.

Las velas, que se consumían, chisporroteaban en el candelero de plata colocado sobre el velador, y su luz se extinguió.

La habitación quedó á oscuras.

Entonces un solo punto pareció iluminado en aquellas tinieblas.

Era el retrato de Elena de Rochevieuille, en el cual se reflejaban las llamas del incendio de Chevagnes.

Prendido fuego por veinte lados, y por manos hábiles, el pueblo ardió como si fuera una paja.

Las torres y el maderamen del Priorato ardían todavía.

Oliverio hubiese querido volver la cabeza á otro lado para huir de aquella visión, pero no podía.

Estaba obligado á tener los ojos fijos en aquella casta y generosa víctima, cuyo cuadro iluminaba el siniestro resplandor.

Ella le miraba siempre con indulgencia.

Jamás aquel dulce semblante reveló más que bondad.

Un remordimiento involuntario se agitó en la conciencia de Oliverio, y al mismo tiempo sintió honda pena.

En su disipada existencia no conoció sino los amargos placeres de los amores culpables; placeres del momento, hijos de la vanidad satisfecha.

¡Qué diferencia, si en vez de lanzarse por ese extraviado camino, hubiese seguido el del bien, unido á su amante y buena esposa, sembrando en torno suyo los beneficios que su inmensa fortuna le permitía prodigar!

¡Y era él quien la había matado!

Los jueces que acababan de condenarle, tenían razón.

Su odio era justo.

La enormidad del crimen se le aparecía en toda su inmensa gravedad, mientras que su víctima le seguía mirando con piadosa expresión.

Al fin tuvo miedo, miedo al suplicio que los Souvray le habían vaticinado. ¡El castigo era justo!

Trató de escapar.

Sus movimientos eran los de un loco furioso y tales los esfuerzos que hacia para salir de allí, que sus labios se tiñeron de una espuma sanguinolenta.

Al fin, el trapo que le cubría la boca se aflojó y cedió. Oliverio comenzó entonces á dar gritos.

Se exasperaba al ver que nadie respondía.

De pronto calló.

Pasos de hombres, tumultuosos y precipitados, se acercaban á su habitación.

Debieron oírle.

Escuchó ansioso, sin atreverse á respirar, y con la vista fija en la puerta.

¿Sería el socorro ó el anunciado suplicio lo que se acercaba? ¿El asesinato ó la libertad?

Llamaron fuertemente.

—Entrad—gritó él.

Como no podía moverse y la puerta estaba cerrada con llave, que los otros se habían llevado, no podían entrar.

Mas poco tardaron, los que llamaban, en echar la puerta abajo.

Un suspiro de satisfacción ensanchó el pecho del marqués.

Era el general Von Gœben, que se presentaba, escoltado de oficiales y soldados.

Y él sería su salvación.

Pero la verdad es que el libertador parecía hallarse de pésimo humor.

Sus ojos echaban chispas.

Estaba furioso.

Pero esta cólera no podía impresionar al señor de Taunay.

Como no tenía nada de qué acusarse, contaba con que su huésped se entendería fácilmente con él.

La indignación del prusiano era justa.

—Cuando se levantó de la mesa, aturdido por las frecuentes libaciones, se presentó uno de sus oficiales á comunicarle una mala noticia.

El soldado que estaba de centinela á la

puerta del pabellón ocupado por el marqués, yacía muerto en un mar de sangre, y tenía una honda herida en el cuello.

En aquellos alrededores nada se oyó.

No había nadie en el parque.

Ni se oía nada en la vecindad.

Esto le parecía inexplicable al general Von Gœben, que trinaba.

El estado mayor se hallaba tan enterado como el jefe.

Nosotros podemos explicar ese misterio.

Los Tremor y los Souvray, al medio día, lograron penetrar fácilmente en el castillo y permanecer ocultos hasta la escena á que acabamos de asistir. La dificultad estaba en salir, dejando al enemigo sumido en su falsa seguridad.

Todas las salidas estaban cuidadosamente guardadas.

Conociendo el castillo como si fuera su propia casa, Hugo y Roberto eligieron la puerta más secreta, la que daba á unos maticos, á través de los cuales era fácil ocultarse en la oscuridad; pero aun en aquel paraje había también un centinela.

La Briseur precedía á sus amos: iba de explorador.

Distinguió al soldado, que iba y venía, embotado por el cansancio y el frío, y se encargó de zanzar la dificultad y abrirse camino.

Era preciso operar sin hacer ruido.

Empujó bruscamente la puerta, y antes de que el soldado, sorprendido por aquella irrup-

ción, tuviera tiempo de gritar, le hundió ^{el} cuchillo de caza en la garganta, produciéndole una enorme herida.

El hombre cayó sin exhalar una queja.

La Briseur llevó su precaución al extremo de sostenerle para impedir que las armas, al dar contra el suelo, produjeran ruido.

El ojeador podía pasar por hombre prevenido é inteligente en asuntos de valor.

El camino quedó expedito. Los Souvray pasaron con Juan y Román Tremor.

Román seguía sosteniendo en sus brazos á Solange, que parecía muerta.

¶ Cuando llegó el relevo de la guardia, la patrulla se enteró de tan desagradable suceso.

¶ Dieron parte al general; éste se dió á todos los diablos.

El mejor medio de aclarar los hechos era dirigirse al marqués, si es que estaba allí todavía, lo cual parecía dudoso, puesto que la puerta del pabellón, que permanecía abierta, hacía sospechar si se trataría de una fuga.

Así es que Von Geben invadió la cámara nupcial con intenciones hostiles.

Y profería estas horribles amenazas:

—¡Traición!... Es preciso hacer saltar el edificio.

Al ver al marqués atado, retrocedió estupefacto.

—¿Qué es esto?... ¡Comedia!... ¡Cómplices!... ¡Nos asesinan en nuestra propia casa!

—¡Ah! ¡Me asesinan á mí mismo!—contestó Oliverio.

—¿Qué haceis ahí?

—Desatadme, ante todo, y luego os lo diré.

—Cortad las cuerdas,—ordenó el prusiano. Un soldado obedeció.

Y cortaron las ligaduras del marqués, como el nudo gordiano, con una espada.

—Y ahora, hacedme el favor de explicar lo que sucede.

—¿Qué sucede? No lo sé.

—¿Cómo?... ¿No sabeis nada? ¡Un centinela degollado cobardamente!

Oliverio lo comprendió todo. Pero no podía entrar en el terreno de las sinceras confianzas con su amigo.

Refirió en pocas palabras una historia que se acercaba á la verdad.

Cuatro hombres entraron de improviso en su habitación armados hasta los dientes.

—¿Los conocéis?

—A uno solo, un cazador furtivo.

—¡Venganza particular entónces!

—Lo supongo.

—Son terribles esos cazadores... Guerra á muerte. ¿Y después?

Oliverio explicó que aquellos cuatro hombres lo sorprendieron, y que apuntándole al pecho con una pistola, le ataron de aquel modo.

—¿Y la marquesa?

—Se la llevaron.

—¿No gritó?

—Le taparon la boca como á mí, general. Hé llamado á gritos. Nadie me oía.

—Los muros son espesos.... El edificio enorme.

Von Goeben se rascó el cráneo gruñendo.

—¡Historia de mujer! ¿Y qué temeis para lo sucesivo?

—Lo ignoro, general. Pero es preciso aumentar la vigilancia.

—¡No falta vigilancia! ¡Vuestra fábula no es clara!... ¡Desconfío!

No estaba convencido. El asunto le resultaba algo inverosímil.

Volvióse á sus oficiales y dió órdenes.

—Doblad la guardia. Tomad precauciones. Quizá vamos á ser atacados... ¡País de perros!... Mala marcha... A pesar mío... Bosques... ¡Degollado!

Su humor era cada vez más sombrío.

Pero el marqués no se inquietaba.

Se veía libre. No tenía ya miedo á nada. Su vida estaba en salvo. Si se la quisieran volver á quitar, no sería sin lucha; él se encargaba de defenderla.

—¡Ah, mis señores primos los Souvray—pensó,—ya nos veremos!

La confesión de la princesa Cavalli no le preocupaba. Tenía demasiados recursos de imaginación para no salir airoso de aquel mal paso. Después de todo, fué ella quien llevó á cabo el crimen. El no había mediado más que indirectamente. La acusación de la polaca podía pasar por una calumnia de mujer celosa.

¿No estaba él á cubierto de toda sospecha por la declaración de la misma víctima?

Por salvarle, por la honra de su apellido, esa misma honra que encadenaba á los Souvray, ¿no había escrito con desfallecida mano, las siguientes líneas :

«No he tenido el valor de vivir. ¡Que no se culpe á nadie de mi muerte!»

Y las firmó con todas sus letras:

«ELENA DE ROCHEVIEILLE
»*Marquesa de Taunay-Coulange.*»

Tenía aún ante sí un porvenir hermoso. ¡La lucha, la batalla! Eso no le asustaba. ¡Ah! ¡Cómo se vengaría á su vez! ¡Cómo pagaría esa deuda, con intereses, á los enemigos aquellos que, teniéndole en su poder, lo dejaban escapar.

Todas estas reflexiones se las hizo en un segundo. Su pensamiento volaba.

—No eran más que cuatro—repuso.—No deben estar lejos. ¿Si los persiguieran, general?

—¿De noche y entre malezas?

—¡Se han llevado á mi mujer!

—Ya parecerá.

Von Goeben, desconfiado, temiendo que le tendieran un lazo, miraba de reojo á Olivierio.

—Nadie saldrá de aquí. Vos, menos que nadie.

Se asomó al balcón.

El horizonte, hacia Chevagnes, estaba rojo por las llamas del incendio del pueblo.

Alrededor del castillo reinaba la más completa oscuridad. En las dependencias todo el mundo dormía.

En el comedor se extinguían las luces. Los oficiales dormitaban vestidos y echados en los sillones y divanes del salón. Otros paseaban, tiritando, á pesar de los fuertes y largos capotes, á causa del terrible frío que hacía.

Al pié del pabellón, un arroyo, ó más bien un torrente, caía que parecía una cascada, en los fosos, bañando las murallas.

Von Goben receloso, con la mano en el toscó bigote, contempló un instante la salvaje campiña, gruñendo entre dientes palabras que apenas se entendían.

—Maldita guerra... Muertos como si fueran conejos, uno á uno...

Empujó con furia la persiana, dió una vuelta y cayó sobre el diván, donde el marqués había colocado á Solange, sin fuerzas, una hora ántes.

Las gentes de su séquito fueron lanzadas, á gran distancia contra los muebles.

El edificio osciló sobre su base durante diez segundos.

Un capitán de coraceros cogió á Oliverio por la garganta gritando:

—¡Traición!

Se acababa de oír una detonación espantosa, tan violenta, tan formidable, que parecía que el castillo saltaba hecho pedazos.

Hubo un instante de azoramiento.

Las pistolas de los prusianos parecía que

por sí mismas apuntaban al pecho del castellano.

La fuga de la marquesa, el empeño del marqués en perseguir de noche á los que la habían llevado, hacía verosímil la acusación del capitán de coraceros.

Von Goben perdía el juicio. En medio de la confusión general no sabía qué partido adoptar.

Tenia el presentimiento de un peligro inmenso, inminente.

¿Pero cómo conjurarlo?

¿Hacia donde volver los ojos?

Se asombraba de que el castillo estuviera aun en pié despues de la explosión que había hecho conmover hasta sus cimientos.

En las dependencias, los soldados, que despertaron de su primer sueño, tomaron instintivamente las armas contra un enemigo invisible.

El marqués mismo, interrogado, agobiado á preguntas, no sabía qué contestar y protestaba de su ignorancia.

Una duda, no obstante, confusa todavía, trabajaba en su imaginación.

La leyenda del estanque de Chevagnes acudía á su memoria.

¡Si fuera ese el plan de los Souvray!

Para que ellos le abandonaran, contando los instantes que le quedaban de vida, era preciso que contaran con el éxito.

Los conocía.

No le hubieran dirigido vanas amenazas, puesto que le odiaban, ellos en quienes el sen-

timiento del honor estaba tan profundamente arraigado, y que consagraron siempre á Elena, su prima, su amiga de la infancia, un afecto tan consecuente y tan vivo.

Corrió á la ventana, llevando consigo al general.

—Escuchad—le dijo.

Se oía en el valle, bajo el castillo, un inmenso y sordo bramido.

—Tenemos el tiempo justo para huir—repuso.

—¿Por qué?

—Porque nos va á llevar la corriente, nos vamos á ahogar.

—¿Cómo?

—¡No me preguntéis más! ¡Huyamos!

No pudo ser. ¡Era tarde ya!

Un raudal de agua de treinta pies de altura cayó como una tromba, sobre las paredes del castillo. Oyóse un prolongado crugido... Las ventanas quedaron destrozadas.

De todas partes salían gritos desesperados.

Desde el balcón, el general no distinguía más que un poderoso río que inundaba el parque con prodigiosa violencia, lo arrastraba todo á su paso.

Ni más dependencias, ni más luces, ni más soldados, ni más nada, que no fuera aquella enorme y mugiente ola, amenazadora siempre; y en el castillo, que se tambaleaba como una barca en medio de un borrascoso mar, algunos hombres, desatinados, lívidos de miedo, en frente de aquel raudal contra el cual eran impotentes.

XXVII

El cantero de Oullans podía frotarse las manos de gusto.

Su obra había tenido el apetecido éxito.

El mismo prendió fuego á las mechas.

Era un golpe maestro, del cual se acordaría toda su vida, tanto más, cuanto que, además, según todas las probabilidades, si no quedó sordo, poco le faltó.

Empleó el día en perfeccionar las cosas por su propia mano, añadiendo otras mechas para el caso en que algunas no surtieran efecto; abrió nuevos huecos y, en fin, trabajó como verdadero artista que bruñe su obra y no la da por terminada sino cuando no le falta detalle alguno.

Iba en ello su amor propio.

Mas no por eso se hallaba tranquilo; el resultado le tenía inquieto, y temía haberse precipitado al vanagloriarse de hacer saltar de un golpe semejante mole, aquel gigante de treinta metros, ¡él, un pigmeo de cinco pies!

Sus angustias eran mortales, y así lo confesó después, repetidas veces, á sus amigos.

La reputación es joya inestimable. El maestro Chadouin tenía puestos los cinco sentidos en ella, mucho más que en su dinero, y eso que era hombre económico...

Si el dique resistía, si la mina no abría más que una insignificante brecha en aquella mole de granito, quedaba deshonrado. En una palabra; si los Tremor y los Souvray, que